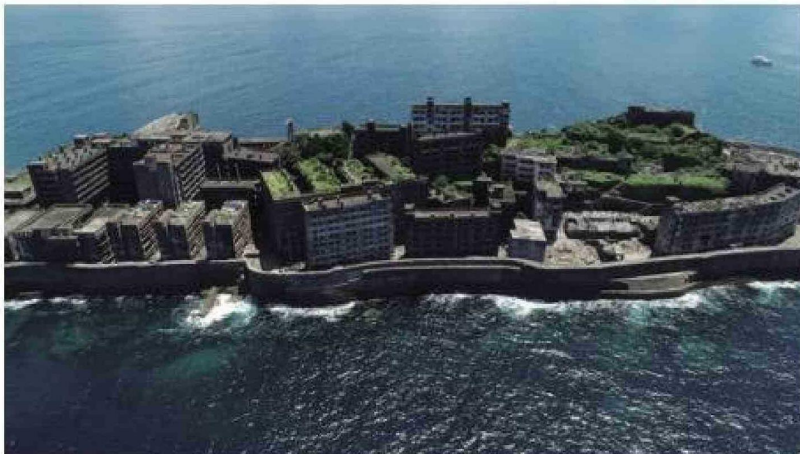


Viaje a Hashima a la isla que fue el territorio densamente más poblado del mundo y hoy es un escenario apocalíptico

» Desierta hasta 1887, la explotación del carbón convirtió a ese pequeño islote japonés de apenas 6,5 kilómetros cuadrados en el lugar con más habitantes por metro cuadrado del planeta. Entre 1940 y 1945 fue también campo de trabajos forzados para prisioneros de guerra. Agotado el mineral, su último habitante la abandonó el 20 de abril de 1974 y desde entonces la naturaleza devora día tras días sus enormes estructuras de hormigón y muestra cómo sería un mundo sin humanos.

Sobre la pared de uno de los tantos edificios derruidos que tiene el islote se puede leer esta inscripción de pretensiones poéticas que alguien escribió con aerosol: "¿Cuántas décadas pueden haber pasado / desde que Hashima fue abandonada a la putrefacción, / al deterioro, a la ruina y a la desintegración? / La vida no volverá a esta isla". Es que, salvo cuando se la visita y solo se lo puede hacer de día y durante unas pocas horas, no hay vida humana en esa pequeña isla japonesa ubicada a unos 20 kilómetros de Nagasaki llamada Hashima, también conocida, por su singular forma, como la "Isla del Acorazado". Es toda una paradoja: porque es territorio de apenas 400 metros de largo por 150 de ancho -6,5 kilómetros cuadrados- fue durante décadas el lugar más densamente poblado del planeta, hasta que volvió a ser lo mismo que había sido durante toda su existencia, una isla desierta.

Hashima tiene además una historia siniestra, en la que la muerte y la explotación desenfrenada de hombres y recursos naturales fueron sus protagonistas excluyentes. Su efímera



La isla Hashima, conocida como la Isla del Acorazado, permanece deshabitada desde 1974 tras el cierre de su mina de carbón. Fue, durante décadas, el territorio más densamente poblado del mundo pese a medir solo 400 metros de largo por 150 de ancho.

vida como centro poblacional encierra una paradoja: estuvo habitada menos de un siglo, pero en ese tiempo los hombres hicieron todo lo posible para agotarla y convertirla en un territorio inerte. También para convertirla en un territorio de esclavitud y muerte. El último de sus habitantes -cuyo nombre no se recuerda- la abandonó el 20 de abril de 1974 y desde entonces nadie volvió

a vivir en ella.

No hay registros de que la isla haya tenido pobladores hasta que en 1887 la compró la compañía Mitsubishi -por entonces dedicada a las industrias naviera y minera- para explotar una enorme veta de carbón en el subsuelo marino, a unos 200 metros debajo de la superficie, que había sido descubierta unos años antes por un empresario llamado Koya-

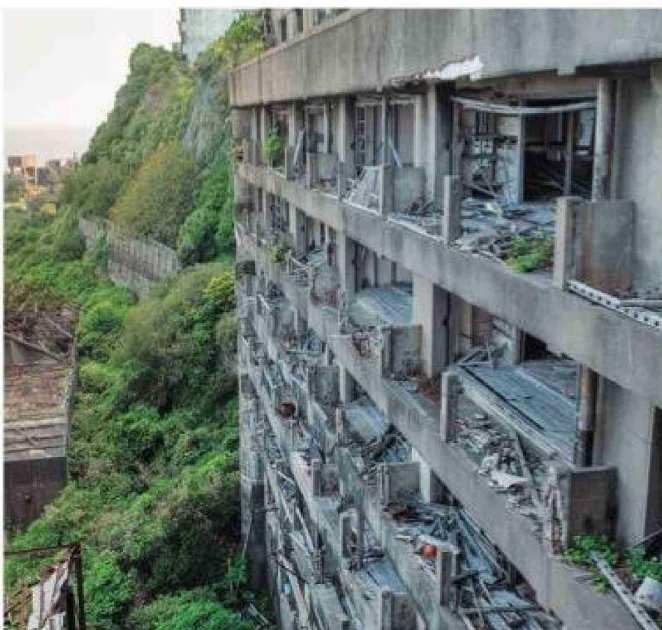
ma Hideuji. En 1890, Mitsubishi comenzó la explotación a gran escala, con la cual llegó a extraer cerca de 410.000 toneladas de carbón anuales. En los terrenos llanos se levantaron las instalaciones industriales y con el paso de los años, como respuesta a la altísima densidad poblacional, se fue construyendo en el interior rocoso una serie de edificios hormigón armado conectados por una red

de laberintos, patios, pasillos y escaleras.

Explotación sin medida

Su crecimiento fue exponencial en todos los sentidos. Para 1916, la mina ya producía cerca de 150.000 toneladas al año y su población había aumentado a más de tres mil personas. Entonces, la compañía construyó uno de los primeros edificios japoneses de hormigón armado para paliar la falta de espacio para vivienda y evitar los daños provocados por el tiempo, el mar y los tifones. El edificio, una estructura cuadrada de seis plantas construida alrededor de un patio interior en el extremo sur de la isla, ofrecía un espacio de alojamiento pequeño pero privado para los mineros y sus familias. Cada departamento consistía en una sola habitación de 9,9 metros cuadrados con una ventana, la puerta y un pequeño vestíbulo.

Al año siguiente se construyó otro bloque de departamentos más grande en el centro de la isla y también se levantó el edificio residencial Nikkyu, un complejo de nueve pisos en forma de E, que se convirtió en el edificio más alto de Japón. Ha-



La historia de la isla Hashima está marcada por explotación laboral, muertes, condiciones inhumanas y trabajo forzado en sus minas de carbón. Durante la Segunda Guerra Mundial, la isla fue convertida en campo de trabajo forzado con prisioneros chinos y coreanos.



En su apogeo en los años 50, Hashima llegó a albergar a casi seis mil habitantes y numerosos edificios e instalaciones. La decadencia de Hashima comenzó con el agotamiento de la veta de carbón y el auge de la industria petrolera en Japón.



La isla Hashima es ahora famosa por su paisaje apocalíptico y ha sido escenario de series como "Un mundo sin humanos" y de la película James Bond "Skyfall".

En 1930 los edificios sumaban más de treinta a los que se sumaba una casa residencial en el terreno más elevado de Hashima, donde vivía el gerente de la explotación minera.

El gerente vivía con comodidad, pero los mineros trabajaban en condiciones infrahumanas, durante largas jornadas en las que debían bajar por largos túneles hasta un kilómetro debajo del nivel del mar y extraer carbón en un ambiente cerrado con temperaturas superiores a los 37 grados centígrados. Se calcula que a finales de la década de 1930 ya había muerto más de mil trabajadores en accidentes, por hambre, agotamiento, desnutrición y, sobre todo, enfermedades respiratorias provocadas por el polvo de carbón y los gases de la mina.

Para esa época Hashima ya era conocida por otros dos nombres: "la isla sin verde", porque ya no quedaba espacio para la vegetación, y "la isla del infierno" por las condiciones en que se obligaba a trabajar a los mineros. Pero lo peor estaba todavía por llegar, y llegó con la guerra.

Prisioneros y trabajadores esclavos

Con la entrada de Japón a la Segunda Guerra Mundial, a principios de 1940, el gobierno exigió un vertiginoso incremento de la extracción de carbón para satisfacer el aumento

de la demanda de energía que generaba el conflicto. Como los obreros no eran suficientes porque la mayoría de los jóvenes japoneses debían alistarse para combatir en la guerra, la solución fue convertir a Hashima en un enorme campo de trabajos forzados, donde prisioneros chinos y coreanos debían extraer minerales en condiciones de esclavitud, casi sin descanso y alimentados con una dieta mínima de supervivencia. Solo les daban de comer lo suficiente para que pudieran seguir trabajando.

Durante esos años las muertes se multiplicaron exponencialmente, porque además de los trabajadores que seguían siendo víctimas de accidentes, desnutrición y enfermedades respiratorias, se sumaron los prisioneros que morían fusilados por negarse a seguir trabajando o se arrojaban al mar desde los acantilados para tratar de escapar a nado de ese infierno enloquecedor.

No les pasaban mucho mejor los mineros japoneses que seguían trabajando en el interior de la mina junto con los prisioneros. Comían algo más y se alojaban en lugares más cómodos que las barracas destinadas a los prisioneros, pero sus jornadas de trabajo eran tan extenuantes como las de los chinos y coreanos que habían tenido la desgracia de ir a parar a "la isla del infierno".

Años después, Tomoji Kobata relató su experiencia como trabajador de la mina de Hashima: "Yo era uno de los 'topos'. Extraje carbón y luego ayudé a desmenuzarlo para poder sacarlo de la isla. Era un trabajo agotador, así que gasté todo mi tiempo libre en tiempo para dormir. Prácticamente, viví una vida de prisión en Hashima. Me siento horrible y pesado cada vez que recuerdo la época en la que trabajaba en el fondo de las minas de carbón usando solo mi ropa interior". Tras la rendición de Japón los aliados iniciaron investigaciones por crímenes de guerra cometidos contra los prisioneros obligados a trabajar en la isla, pero también por violaciones de los derechos humanos y laborales de los propios mineros japoneses.

La agonía y la muerte

Las atrocidades cometidas en la isla durante el conflicto aumentaron su mala fama, pero no fueron obstáculo para que la explotación de la mina siguiera incrementándose, aunque con una notable mejora en las condiciones de trabajo de los mineros. A fines de los años 50, la población de Hashima llegó a casi seis mil personas, distribuidas en unos 150 edificios. Había también un hotel, un hospital, una escuela para los hijos de los empleados, restaurantes, bares, canchas de tenis,

un cine, una enorme piletta pública, un casino, un prostíbulo y una comisaría. Todo en un territorio que ocupa poco más de seis hectáreas.

Fue la época de mayor esplendor de la "isla sin verde" y también el comienzo de su decadencia para la que se aunarón dos factores complementarios: por un lado, la sobreexplotación de la veta estaba a punto de agotarla y, por el otro, el auge de la industria petrolera con un producto que había empezado a sustituir al carbón como fuente de energía. Con la economía japonesa disparada y el reemplazo inminente del carbón por el petróleo como política gubernamental, las minas de carbón fueron cerrando poco a poco y Mitsubishi recortó su planta de obreros de Hashima y los llevó a trabajar a otras de sus industrias.

El final llegó el 15 de enero de 1974 durante una reunión celebrada en el gimnasio las autoridades de la empresa anunciaron el cierre de la mina y ofrecieron la posibilidad de emplear a los mineros nuevos trabajos si querían abandonar la isla. Se inició así un éxodo sostenido que terminó el 20 de abril de ese año, cuando el último de los habitantes de Hashima se embarcó hacia Nagasaki para nunca volver.

El turismo del apocalipsis

Así, "la isla del Acorazado",

la que alguna vez había sido el territorio más densamente poblado del planeta, quedó definitivamente desierta. Poco a poco, una vegetación aplastada por las grandes estructuras de hormigón fue renaciendo y se cobró venganza invadiendo los edificios. Hashima se convirtió entonces en "la isla fantasma", un territorio donde la naturaleza fue ganando cada vez más terreno. Por eso se convirtió en el escenario ideal para algún capítulo de la serie Un mundo sin humanos y fue elegida para rodar escenas de la película James Bond Skyfall como refugio del villano Raoul Silva.

En 2002 Mitsubishi decidió donar la isla al municipio de Nagasaki, que a partir de 2005 ejerce jurisdicción sobre Hashima, y desde el 22 de abril de 2009 algunas de sus zonas están abiertas al turismo, aunque con visitas de muy pocas horas y sin la posibilidad de permanecer por la noche. Los turistas que la recorren pueden ver fragmentos de pintura, de revoco, de paredes y de ventanas rotas que conviven con triciclos o televisores de los años sesenta como evidencia de la súbita desaparición de la comunidad que alguna vez la habitó.

Por DANIEL CECCHINI
 FUENTE: INFOGRAF